

# Archivos de la biopolítica: cifrados, imposturas y desvíos entre el género y la literatura

Reseña sobre *Degenerados, anormales y delincuentes. Gestos entre ciencia, política y representaciones en el caso argentino*, de Gabo Ferro; *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*, de Sylvia Molloy; y *Extraños. Amores homosexuales en el siglo XIX*, de Graham Robb

Mariano Sverdloff

.....  
**Ferro, Gabo** (2010) *Degenerados, anormales y delincuentes. Gestos entre ciencia, política y representaciones en el caso argentino*. Buenos Aires: Marea Editorial. 208 pp. ISBN: 978-987-1307-30-2  
.....

.....  
**Molloy, Sylvia** (2012) *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia. 304 pp. ISBN: 978-987-1673-60-5  
.....

.....  
**Robb, Graham** (2012 [2003]) *Extraños. Amores homosexuales en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica. 397 pp. ISBN: 978-607-16-0925-0  
.....



Como se sabe, el siglo XIX vio surgir una novedosa serie de prácticas y discursos biopolíticos en torno a la sexualidad, la salud, la familia, la locura, la delincuencia o la pedagogía. Cuestiones tales como el uranismo, el safismo, la natalidad o la histeria ocuparon un lugar central en la red de disciplinas y lenguajes que rodearon la emergencia y la consolidación del estado-Nación. El cedazo normalizador de la biopolítica se extendió a los campos jurídicos, médicos, económicos, morales y culturales, lo cual posibilitó establecer toda una serie de préstamos y traducciones que atraviesan los más variados discursos. Las metáforas laxas y polivalentes de la “degeneración” y la “decadencia”

posibilitaron la inscripción de un mismo individuo en diversos registros: el degenerado es a la vez un ser amoral, enfermo, improductivo, y que puede mostrar, en el terreno artístico, una extraña afición por las arias de Wagner o las delicuescencias de Verlaine. Estamos ante un fenómeno sumamente complejo: la literatura se medicaliza y la medicina se vuelve literatura, lo cual genera un discurso inestable y por momentos inasible cuya ambigüedad, hay que decirlo, le ofrece al crítico más de un momento de feliz desciframiento.

Sin embargo, el éxito académico del estudio sobre temáticas tales como la *décadence*, la degeneración, el *fin-de-siècle*, o los dispositivos disciplinarios y estatales decimonónicos posibilitó la cristalización de una suerte de vulgata: habría algo “reprimido”, “no-dicho”, “codificado”, “territorializado” (elíjase el término que se prefiera) que de algún modo es “puesto en palabras”, “revelado”, por la literatura; la función del estudioso sería meramente la de “poner en libertad” un contenido transparente a la espera de su feliz reactualización. Quedaría así configurado un campo discursivo binario, que permite distinguir entre un tétrico ocultamiento y la vida espontánea y benéfica de los cuerpos y los textos. Ahora bien: esta ilusión de simplicidad se desvanece apenas los textos son interrogados por una mirada crítica lúcida, que escruta las complejas tensiones que atraviesan el discurso biopolítico decimonónico. Tal es el caso de las investigaciones de Gabo Ferro, Silvia Molloy y Graham Robb, quienes indagan de modo original y documentado, cada uno en su respectivo ámbito (la biopolítica a principios del siglo XX en Argentina, el género en el *fin-de-siècle* latinoamericano, la construcción de la “homosexualidad” en el siglo XIX) la relación entre discurso (literario, jurídico, médico) y biopoder. Descubrimos así que la literatura o el cine, antes que simplemente “revelar”, más bien participan de un proceso de producción y codificación, a menudo de ocultamiento; que las propias “confesiones” de los individuos culpables del “pecado que no se puede nombrar” simultáneamente impugnan y aceptan la voz de sus acusadores (con lo cual la autodenigración se trueca en velada apología); que la relación entre discurso literario y ciencia médica trama un campo de continua porosidad, donde la construcción del síntoma y su ficcionalización son difícilmente distinguibles; que la “simulación” –ese gran tema de la psiquiatría *fin de siècle*– es una de las matrices productivas de la literatura, a través de procedimientos tales como la parodia, el cambio de sexo de los personajes, la seudonimia o el *roman à clef*.

Empecemos pues, con el texto de Gabo Ferro: *Degenerados, anormales y delincuentes. Gestos entre ciencia, política y representaciones en el caso argentino*, volumen que nos ofrece un detallado recorrido por los discursos que definen el lugar “de la familia degenerativa argentina” en la gran “familia universal de los degenerados”. En el primer capítulo, a través de una minuciosa lectura de diversos documentos académicos y científicos, se explora el nacimiento de la alianza entre discurso médico y legal en las últimas décadas del siglo XIX. Ferro desarrolla en este capítulo su principal hipótesis: en el caso argentino se asistiría a la medicalización de la barbarie, esto es, el uso del discurso biomédico a efectos de definir un otro social que excede ampliamente al mundo del crimen. El degenerado, antes que un delincuente, es un enemigo de la civilización. El segundo capítulo se concentra en la relación entre educación y degeneración: ¿qué debe hacer la sociedad con los degenerados?, ¿encerrarlos, eliminarlos, reeducarlos, castrarlos, ponerlos a trabajar? Aquí se explora, a través de la lectura de *La educación de los degenerados* (1903) y de *Teoría de la educación* (1903) de Carlos Bunge y de órganos tales como el *Monitor de la Educación Común*, el *Boletín de Higiene Escolar* o los *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, la imagen que tenía el fin de siglo del degenerado y de las condiciones que favorecen su proliferación. El imbécil o degenerado de

tipo inferior se define como un ser debilitado y enfermo, destinado por la selección natural a la muerte, pero que sobrevive gracias a los progresos de la modernidad. El degenerado se propaga merced a la disminución de pestes y guerras, agentes benéficos que en épocas menos piadosas se ocupaban de suprimir al “pueblo hembra vencido”. Se analiza asimismo en este capítulo una idea que sería sumamente productiva: la de que los superhombres son también un subtipo especial de degenerados, particularmente aptos para la simulación y el engaño; el degenerado de tipo superior es ante todo un ser locuaz, que padece de “declatomanía” y “grafomanía” y que se impone en los diversos ámbitos sociales merced a la sutileza de su impulso imitativo. El degenerado superior es un artista persuasivo, que ejerce una malsana seducción sobre su auditorio, de allí su peligro. Se trata de una suerte de hermafrodita intelectual: “Diríase que la psiquis de un hombre de genio es tan completa porque es doble: es la de un hombre vigoroso, doblado, reforzado con la de una mujer” (p. 84). Afeminado, simulador, incontinente, corrupto: son los trazos clásicos del hombre decadente, afectado por la *mollitia* (de hecho Bunge cita a los *Memorabilia* de Jenofonte, y sostiene que los degenerados que medran en los salones argentinos del ‘900 son los descendientes de los jóvenes inmorales y ultrasofisticados que corrompieron a la Atenas de Pericles).

El extenso capítulo 3, que reflexiona sobre cómo el discurso de la degeneración fue releído por la cultura de masas, se concentra en el cine de Carlos Hugo Christensen. Películas tales como *La muerte camina en la lluvia* (1948), *Si muero antes de despertar* (1952) o *No abras nunca esa puerta* (1952) hacen un uso original del discurso de la degeneración, que sirve tanto para configurar las tramas del policial negro como para explorar la psicología de los delincuentes. Claro que la relación entre discurso médico y cine no puede ser pensada en términos lineales o miméticos. De hecho, observa Ferro que en *Una atrevida aventurita* (1948) los propios criminales se refieren paródicamente al discurso de la degeneración; asimismo en *La trampa* (1949) se sugiere que, en realidad, el criminal no posee rastros identificables y puede ser, por tanto, cualquiera: el delincuente escapa a su catalogación. Es en la exploración de estos desajustes y desfasajes entre las diversas modalidades de las prácticas y los lenguajes donde el texto de Ferro se revela especialmente rico: el discurso biopolítico no es un bloque unitario, y de hecho podría pensarse, a luz de los ambiciosos programas eugénicos de Benjamín Solari o de Abel Sonnenberg, que fue en realidad altamente inefectivo, que el desborde no fue conjurado. Agreguemos finalmente que es un gran aporte para la comprensión de la lógica clasificatoria de la biopolítica finisecular la inclusión de documentos tales como series lombrosianas de rostros y cráneos, o ilustraciones de *Caras y Caretas* (véase sobre todo la imperdible crónica, publicada en el N° del 12 de abril 1930 titulada “La mujer hombre: el extraordinario caso de Raquel Suárez que durante 23 años simuló ser hombre”, reproducida en las pp. 46-47).

*Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*, de Sylvia Molloy es una recopilación de intervenciones críticas aparecidas en diversos medios académicos, cuyo tema es el modo en que intelectuales de todo tipo (médicos, políticos, literatos) diagnostican “nuevas formas de ser en sociedad” a fines del siglo XIX. Tramado como un recorrido sobre diversos autores (Ingenieros, Martí, Agostini, entre otros) el libro intenta describir lo que la autora llama “el doble discurso del modernismo”, según el cual “la decadencia aparece a la vez como progresiva y regresiva, como regeneradora y degeneradora, como buena e insalubre” (p. 26). Así, frente a la pregunta de cómo definir el cuerpo de la nación, el modernismo no deja de responder de modo ambiguo, vacilando entre la crítica del afeminamiento de los tiempos decadentes y una política “histórica” de la apariencia y el simulacro. Ambigüedad esta que



Molloy sitúa en el contexto del *bricolage* poscolonial y que se apoya, por tanto, en toda una política de la traducción y la reapropiación: "...mi lectura intentará identificar algunas de las lagunas, algunos de los malentendidos y los desvíos con respecto a la decadencia europea (o lo que América latina cree que es la decadencia europea) para aprehender el significado ideológico de esas diferencias críticas" (p. 26). Cuerpo, nación, traducción: son estos los temas que se discuten en "Deseo e ideología a fines del siglo XIX", primera sección del libro, y que se modularán de diversas formas en el resto de las intervenciones, asociados a menudo con cuestiones tales como la *performance* o la simulación. Así se observa en "La política de la pose" y "Diagnósticos de fin de siglo", textos que reflexionan sobre la impostura en la obra de José Ingenieros y otros escritores: Molloy advierte que el propio autor de *La simulación en la lucha por la vida*, tanto en su obra literaria como ensayística, actúa como un *poseur* (nótese que Ingenieros, de hecho, escribió bajo numerosos seudónimos). El caso más representativo de esta política de la simulación, y del curioso cruce entre crítica y clínica que supone, quizá sea el de un joven poeta uruguayo al cual Ingenieros y Darío convencen transitoriamente de que es hermano de Lautréamont, para luego desengañarlo y "curarlo" así de su locura.

Ahora bien: la estrecha vinculación entre género, literatura y simulación que se define en las primeras secciones del libro tendrá diversas resonancias en los subsiguientes capítulos. Las fisuras en la autoconstrucción monumental de la figura de autor de Rodó; el idiosincrático modo en el que José Martí traduce el poema "Cálamo" de Walt Whitman y reinterpreta la noción de adhesividad; las figuraciones del regeneracionismo español, según las cuales la Argentina es una tierra de promisión; la reescritura sexualizante de Darío que es posible encontrar en los textos de Delmira Agostini; el aparente kitsch de Amado Nervo; la relación entre desvío sexual y crimen en Arturo Chiappori; la apropiación que hace Asunción Silva del diario de Marie Bashkirtseff para impostar su propia voz "histórica" y "femenina"; la cartografía deseante que traza Augusto D'Halmar de Sevilla; el parcial ocultamiento de la relación amorosa entre Teresa de la Parra y Lydia Cabrera: son todas cuestiones que convocan a "una reflexión sobre el silencio y las figuraciones oblicuas para decir lo indecible" (p. 40). Y para llevar a cabo tal reflexión Molloy lee con maestría un corpus que exige ser interpretado a la vez en términos ideológicos y literarios.

Efectivamente, una de las grandes virtudes del libro es el contrapunto constante que la autora establece entre la teoría y la atención al detalle filológico. Los momentos conceptuales alternan con una detenida lectura de la letra, lo cual es índice de una paciente labor de fuentes y archivo (cf., por ejemplo, las páginas sobre Rodó, Parra o Martí). Tal sutileza interpretativa posibilita poner en comunicación la temática del género con las diversas retóricas de la nacionalidad, sin por ello caer en afirmaciones fáciles o reductoras (son ejemplares en este sentido los estudios paralelos y complementarios de la imagen de España en *Pasión y muerte del cura Deusto* de D'Halmar y de la representación de la Argentina en los textos de Rahola). Molloy se detiene en las diversas coordenadas discursivas (políticas, nacionales, estéticas, genéricas) sin saltarse las mediaciones. Escamoteo, simulación, traducción, parodia, desvío, cifrado: los elementos anfibológicos que habitan en el corazón del modernismo encuentran en este volumen una lectura atenta, que los despliega sin someterlos a una artificial clausura.

El texto de Robb, *Extraños. Amores homosexuales en el siglo XIX* se plantea como una "historia social" de la homosexualidad (p. 27). Por tanto, además de investigar las prácticas y las mentalidades, el volumen se propone como un estudio de las representaciones de la homosexualidad, esto es, de los discursos enunciados tanto por los propios "invertidos",

“sodomitas”, *mollies*, *margeries*, *poufs* o *urnings*, como por los individuos e instituciones que, con diversas entonaciones y propósitos, a ellos se refieren. Ahora bien, dado que el texto de Robb dialoga con una ya larga tradición de teorías y estudios escritos en las últimas décadas del siglo XX, es inevitable que formule preguntas sobre el estatuto que para el investigador actual tienen los textos decimonónicos. Como resultado de esta reflexión sobre qué significa leer el archivo médico, judicial y literario desde el siglo XXI, dos ideas se impugnan en la primera parte, si se quiere la más importante en términos metodológicos: una, la de que no habría habido una experiencia de la homosexualidad antes de la emergencia discursiva del concepto, suerte de lugar común difundido a partir de la lectura vulgarizada de Foucault; la otra, la de que el siglo XIX habría sido el escenario de una ominosa persecución, rubricada por un discurso médico unilateralmente represor y paranoico. Robb, quien explícitamente se propone dar “una versión más alegre del pasado” (p. 27), más bien explora las ambigüedades y los matices detrás de los registros escritos: la experiencia homosexual en el siglo XIX habría sido variada y multiforme, y presentaría, por tanto, un abanico de situaciones diversas, que van desde el secreto y la criminalización hasta momentos de relativa libertad. Para construir este complejo cuadro, Robb se sirve de una admirable erudición: el extenso *corpus* en diversas lenguas incluye autobiografías, diarios personales, informes médicos, monografías científicas, novelas, poesías, cuentos policiales, ensayos, a lo cual hay que agregar las variadas imágenes que la edición de Fondo de Cultura reproduce en bello papel satinado.



Robb propone una original relectura de las fuentes. Por ejemplo invita a reconsiderar “la confesión del invertido” (todo un subgénero del fin de siglo, en gran medida estimulado por el discurso psiquiátrico) bajo una nueva luz:

...las autoacusaciones eran a menudo oportunistas [...] El famoso diagnóstico de sí mismo de Oscar Wilde como un inválido mental no era una confesión personal, sino parte de una petición de libertad escrita mientras estaba en la cárcel de Reading. [...] A veces, el autodiagnóstico abyecto era un tipo de cortesía ante el oyente. Georges Hérelle [erudito e historiador del “amor griego”] contó al doctor Lauptz [seudónimo del Dr. Georges Saint-Paul] que “todos los invertidos verdaderos” no solo tomaban lo dicho por los médicos con un grano de sal, sino que creían que los propios médicos eran homosexuales y que todo su discurso sobre las aberraciones era simplemente una gran y extravagante “hoja de parra”: “No tenga duda alguna: por ello es que su escritorio desborda de confesiones”. (p. 93)

El archivo del siglo XIX, leído apropiadamente, revela una vida homosexual sumamente rica, en algunos aspectos precursora de la cultura gay contemporánea, tal como es posible observar en las extensas listas de amantes de Lord John Maynard Keynes o en la sección “Pederasty” del “Terminal Essay” (1885) que Richard Burton escribió sobre su traducción de *The Arabian Nights*.

Uno de los aspectos más interesantes del libro de Robb es la captación del constante trasvasamiento entre literatura y medicina. El discurso médico no hace más que repetir los ya viejos prejuicios sobre la homosexualidad difundidos en la literatura (Robb presenta una desopilante lista de casi una centena de ellos) y los científicos y doctores construyen sus propias hipótesis de modo literario:

Muchos médicos que trataron de desarrollar una cura para la homosexualidad se inspiraron en la idea de que podía construirse un puente entre anormalidad y normalidad. Por

ejemplo, a un hombre atraído por los jóvenes podía alentársele a enamorarse de mujeres marimachos. [...] El doctor Saint-Paul se preguntaba en 1896 si este tratamiento no podría utilizarse para curar a un homosexual y a una lesbiana al mismo tiempo. La lesbiana se enamoraría de un hombre femenino y el hombre de una mujer hombruna. También sugirió que un invertido, colocado en un ambiente exclusivamente femenino, podía invertirse de nuevo y volverse normal, como fuera, por un proceso de “doble inversión”. (p. 103).

Esta pequeña narración –que evoca al *Monsieur Vénus* de Rachilde o al *Des Esseintes* de Huysmans– no deja de sugerir una perfecta trama para un cuento fantástico: la explicación médica es suplantada por la simetría de la causalidad narrativa. Y de hecho Robb reseña el argumento de la novela *Weiberbeute* (1901), escrita por Luz Frauman (un obvio seudónimo), en la que se narra que una lesbiana frustrada hipnotiza a su hijastro afeminado para que se crea mujer, luego le induce un embarazo fantasma, incita a su propio hijo hacia el otro y convence a la pareja de que ha dado a luz a una niña; finalmente, cuando la lesbiana, ya moribunda, decide revelar lo sucedido, la confesión es desechada por delirante... (p. 263).

Otra cuestión de particular interés para Robb es la del cifrado: tanto las contraseñas de los *urnings* para reconocerse entre sí, como los diversos modos en los que el amor por el mismo sexo se oculta en el terreno de la vida social y de la literatura. Todo un arte del disimulo y las medias palabras, en virtud del cual términos como Safo o Ganimedes estaban cargados de connotaciones. A lo que habría que sumar la recomendación de Marcel Proust de cambiar el sexo de ciertos personajes cuando se los incluye en la ficción, o el uso de un género como el *roman à clef*, del cual Robb da un ejemplo exquisito: *Olivier, ou le secret* (1822), texto inspirado en Astolphe de Custine, quien por motivos misteriosos había rechazado casarse con la hija de la autora del libro.

Sería imposible resumir aquí la amplísima erudición del volumen. Robb refiere obras y testimonios de William Beckford, Charlotte Brontë, Emily Dickinson, Henry James, Robert de Montesquiou, Oscar Wilde, conde von Plate, Johann Joachim Winckelmann, John Addington Symonds, Piotr Ilich Chaikovski, entre otros; los “sonetos invertidos” de Paul Verlaine; los cuentos de detectives de Arthur Conan Doyle; toda una rica tradición de lectura de los evangelios en clave gay; los relatos de Hans Christian Andersen (Robb recuerda, por ejemplo, que el famoso patito feo es confundido al inicio del relato con un pato hembra y puesto a poner huevos); el kitsch *fin-de-siècle* del inefable Joséphin Péladan, quien en *La Gynandre* (1891) relata que el andrógino Tammuz casa a todas las lesbianas de París con réplicas de sí mismo y las obliga a rendir culto a un falo gigante con el acompañamiento de “La cabalgata de las valquirias” (p. 264). Se trata este de un libro de innegable valor académico, pero que además hará las delicias del lector amante de las cosas curiosas, al que sorprenderán, por ejemplo, el plano de la “Europa uraniana”, el cuestionario publicado en *The Intersexes. A History of simisexualism as a Problem in Social Life* (1908), dirigido a ayudar a su lector a saber si es o no homosexual, o el cuadro de Jean Delville *L'école de Platon* (1898), en el cual el filósofo griego se representa en una escena idealizadamente amorosa rodeado de doce discípulos, en clara alusión a Cristo.

Estamos, pues, ante tres admirables ejercicios de lectura, cuya simultánea compulsión sirve para pensar las diferencias entre los contextos argentino, latinoamericano o europeo, esto es, los diversos modos de la articulación de lo local y lo global. Su lectura es sumamente instructiva a los efectos de acercarse a la productividad del discurso biopolítico, entendido este no como un vector unitario y monolítico, sino como una zona de discontinuidades y

afluencias a menudo contradictorias. Digamos, finalmente, que el *corpus* del fin de siglo se ofrece como una suerte de museo *vintage* del biopoder, cuya iconografía ejerce una extraña fascinación sobre la mirada crítica: es por eso que Ferro reproduce las láminas de Lombroso o que Robb transcribe las disparatadas encuestas para saber si se es o no homosexual. Es esta una curiosa actitud, perceptible en otros textos críticos que se ocupan del *fin-de-siècle*, entre los que podemos mencionar a *Le monstre, le singe et le fœtus: tératogonie et Décadence dans l'Europe fin-de-siècle* (2004) de Evanghélia Stead e *Invention de l'hystérie: Charcot et l'Iconographie photographique de la Salpêtrière* (1982) de Georges Didi-Huberman. El discurso teórico crea un catálogo al segundo grado, que reduplica en cierto sentido la lógica clasificatoria del discurso biopolítico decimonónico. La crítica se convierte así en un catálogo de catálogos, en un dispositivo que refuncionaliza el procedimiento clasificatorio y propone un nuevo tipo de archivo, constituido de objetos heterogéneos que están a mitad de camino entre la medicina y la literatura –gesto que recuerda, irónicamente, al de las propias clasificaciones del siglo XIX–. En tal archivo, acaso una de las formas más distintivas de la imaginación crítica contemporánea, los textos que hemos reseñado ocupan un destacado lugar.